

- tiene explicacion. Usted le hace pagar cara sus beneficios, hija mia. (Haciendo que se va.)
- MARG. Señor don Ignacio... le creo á usted... y le agradezco lo que me dice... ¡Es tan cruel pensar siempre en lo malo!... Gracias á usted me ha vuelto la alegría, soy dichosa; le quiero á usted mucho, señor don Ignacio.
- IGNAC. ¡Válgame Dios!... (Alegremente.) ¡Para qué me dice usted eso, hija mia, cuando me tengo que marchar! Es una crueldad. (Mirando el reloj.) Voy á echar á correr... no tengo tiempo más que para decir adios á su madre de usted.
- MARG. Pues mire usted, ¿sabe usted lo que voy á hacer para agradecerle la noticia? Voy á montar á caballo y acompañarle un poco por el camino.
- IGNAC. ¿De veras?
- MARG. Me servirá de paseo.
- IGNAC. No, déjelo usted: me van á tener envidia.
- MARG. Se me ha puesto en la cabeza. Además que pensaba ir por ese lado. Le acompañaré á usted hasta San Marcial.
- IGNAC. Hasta San Marcial. (Con intencion y ap.)
- MARG. Sí... y despues daré la vuelta por las ruinas del castillo antiguo... atravesando el bosque... será un paseo delicioso.
- IGNAC. (Preocupado.) Pues bien, hija mia, como usted guste... Estará de Dios.
- MARG. Eso es, vamos. (Cogiéndole del brazo.)
- IGNAC. ¡Vamos! ¡Oh! ¡las ruinas! cuidado con ella, Margarita, ya sabe usted que en los castillos suele andar el diablo!... No tengamos luégo...
- MARG. ¡Oh, no hay miedo! Yo le haré la cruz. (Vánse alegremente.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Interior de un salon medio arruinado en la antigua torre de Urbieta. Arquitectura sombría y severa. Enfrente del público la larga ojiva de una ventana medio derruida y un lienzo de muralla hundido tambien. Por una ancha brecha revestida de yedra se ven las cimas de algunos árboles, que crecen en los fosos, y más lejos un torreon, tambien ruinoso, que se destaca sobre el cielo y sobre las montañas lejanas. La brecha no está al nivel del pavimento del salon, pero algunas piedras caidas como escalones junto á ella, facilitan la subida sobre la plataforma exterior practicable y que domina á un precipicio. Dos ó tres escalones á la izquierda, y al pie de ellos la puerta estrecha y maciza de la torre. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, despues LUIS.

Al alzarse el telon, Perico, de pie sobre la plataforma, mira hácia fuera y parece escuchar. Oyéense algunas notas del tamboril y de la dulzaina, y en el campo á lo lejos cantan este zorcico:

CORO.

Tiñe el ámbito
del crepúsculo
melancólica,
tibia luz.

Nubes cárdenas,
nieblas húmedas
tienden rápidas
su capuz.
Valles fértiles,
verdes árboles,
fuentes lípidas,
adios ya.

Nos convida noche plácida
al descanso del hogar.

(En el momento en que acaba el coro entra D. Luis y se acerca á la plataforma.)

- LUIS. ¿Qué haces ahí, muchacho?
PER. Escuchaba á los que cantan abajo, señor. (Algo asustado.)
LUIS. ¿Y quiénes son los que cantan?
PER. Los segadores, que vuelven al pueblo atravesando el bosque.
LUIS. ¿Y eres tú el guarda de estas ruinas?
PER. Sí señor; soy pastor de aquel caserío que se ve allí enfrente: paso todo el día en el bosque con mis cabras, y cuando vienen forasteros á ver la torre les abro la puerta. (Enseñando la llave)
LUIS. Muy bien. Pues aunque á mí no has tenido que abrir-mela, toma. (Dándole una moneda.)
PER. Muchas gracias.
LUIS. ¿Y no tienes miedo tú aquí solo?
PER. De día, no señor; pero en llegando la noche... yo no soy valiente de noche...
LUIS. Qué, ¿hay brujas por aquí?... (Sonriendo.)
PER. ¡Brujas! Yo no creo en brujas: eso era bueno allá...
LUIS. Así me gusta.
PER. Pero anda un alma en pena... ¿Ve usted aquel torreón? pues por allí se pasea; y eso que no tiene escalera para subir ni bajar... Y mire usted, nunca se la ve de día, de noche es cuando se la ve...
LUIS. Pues, cuando no se ve nada.
PER. (Mirando por la brecha.) Ya está haciendo la colorada de

las suyas... Cabra maldita... ¡Oh! ¡Oh! (La tira una piedra.) Sí, trepa, trepa... Espera, espera. (Corriéndole hacia la puerta.)

- LUIS. ¿Y por qué no saltas por ahí? (Saliendo á la brecha.)
PER. ¡Que salte el diablo! ¡Un derrumbadero que no tiene fondo! Pero diga usted, ¿va á estar aquí mucho tiempo? Va á caer la noche...
LUIS. Descuida, me voy dentro de dos minutos, en cuanto vea esto.
PER. Es que yo no soy valiente de noche. No es que tenga miedo, sino que no soy valiente... Voy por mi cabra. (Vase.)

ESCENA II.

D. LUIS.

(Mirando cuanto le rodea.) ¡Cuán bellas son estas ruinas!... ¡Cómo no se me habrá ocurrido entrar antes aquí! Será preciso que vuelva otro día... ¡Otro día! (Tristemente.) ¡Me olvido de que no hay para mí ya porvenir aquí, de que mi mañana no está en este país! ¡Debo ya despedirme de estos sitios, donde tanto he pensado... donde he pensado demasiado en ella! ¡Miserable corazón!... Cuando la razón y el honor me prohíben amarla, por lo mismo quizá... ¡Ah! si no tuviera el sagrado deber de velar por otra existencia más sagrada que la mía, hubiera huído al más lejano confin de la tierra para evitar este suplicio de cada día y de cada hora! (Entra Margarita.) ¡Ella... Dios mío!

ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS.

- MARG. (Da algunos pasos pensativa, y al ver á D. Luis dice turbada:)
¡Don Luis!... ¡Usted aquí! Ignoraba absolutamente... Dejo á usted.

- LUIS.** (Soñoliento.) Por Dios, señorita, yo no puedo permitir... No estoy aquí en mi casa, y de consiguiente es á mi á quien toca retirarse... Suplico á usted que me dispense... (Da algunos pasos hacia la puerta.)
- MARG.** (Interponiéndose.) Don Luis... yo pensaba hablar á usted esta misma tarde... y puesto que le encuentro aquí no quiero diferirlo. Dígame usted, ¿es cierto que he cometido hacia usted las injusticias de que me acusan?
- LUIS.** Señorita, creo no haberme quejado.
- MARG.** Pero quiere usted marcharse.
- LUIS.** Señorita...
- MARG.** Y aseguran que soy yo la causa. La marcha de usted, don Luis, sería para mi madre una pérdida sensible, que yo deseo evitarla, si depende de mí. En fin, ¿qué explicación desea usted? ¿Qué es preciso decirle? ¿Qué lenguaje de que usted se ha ofendido no es siempre sincero? ¿Qué yo he nacido quizá para comprender tanto como el que más, otras alegrías y otros goces que esos de que disponen la sociedad y las riquezas? Pues bien, todo esto es posible. ¿Pero soy tan digna de censura por consagrarme con todo el valor y la fuerza de voluntad de que Dios me ha dotado, á ahogar en mí ideas, sentimientos que me están prohibidos?
- LUIS.** ¡Prohibidos!
- MARG.** ¡Prohibidos, sí! Ridículo parece sin duda, don Luis, que nos lamentemos de un destino que tanto nos envidian; pero es lo cierto que por un capricho quizá de mi imaginación, que tal vez me ha sido transmitido por mi pobre madre, y que tiene al menos la excusa de la buena fé, conozco que si fuera menos rica sería más dichosa; Usted me ha reprochado mi eterna desconfianza; pero ¿de quién podré yo fiarme? ¿De quién? Yo, que desde que he podido pensar me encuentro rodeada acaso no lo veo? de falsos amigos, de ávidos parientes, de interesados aspirantes á mi mano... ¿piensa usted que yo no aprecio en lo que valen los cuidados, las ternezas con que todos esos parásitos nos fatigan, los homenajes

- con que tantos miserables me importunan? Si alguna vez una alma noble y generosa, si acaso existe, fuera capaz de buscarme, de amarme por lo que soy, no por lo que valgo, yo no podría... (Con intención.) ¡no podría creerla! Nunca, jamás me arriesgaré á dar á un corazón vil, indigno, venal, un corazón como el mío. Hé aquí por qué me alejo, por qué rechazo, por qué quisiera poder aborrecer todo lo que me parece bello, todo lo que fija mis pensamientos, todo lo que me habla de un cielo que no es para mí. (Á las últimas palabras de Margarita se oye de nuevo á lo lejos el coro de los aldeanos.) ¿Qué es eso?... (Se inclina más hacia el fondo, escucha, después inclina la cabeza y llora.)
- LUIS.** Señorita, esa emoción... ¡Lágrimas!
- MARG.** (Con expansión.) ¡Y bien, sí! lloro porque también tengo alma para sentir. (Recobrándose.) Caballero, no había yo destinado á usted tanta confianza; pero en fin, usted me conoce ahora, y si alguna vez he podido herir su corazón, (Luis se inclina y toca con sus labios la mano que ella le tiende) espero que me perdone. (Margarita se recobra en seguida.) Salgamos... (Da un paso y se vuelve) ¡Y ni una palabra nunca sobre esto!
- LUIS.** Nunca.
- MARG.** (Equivocando turbada el camino.) ¿No se puede salir por esta brecha?
- LUIS.** ¡Oh! señorita, hay un abismo.
- MARG.** Quisiera verle antes de salir... ¿No hay á la parte exterior una plataforma?
- LUIS.** Suplico á usted, señorita, que tenga cuidado... Es muy peligroso...
- MARG.** ¡Oh! yo no tengo miedo.
- LUIS.** Tome usted al menos mi mano. (Margarita, apoyándose en la mano de D. Luis, sube á la plataforma. Va oscureciendo.)
- MARG.** ¡Oh! verdaderamente que es espantoso este precipicio; pero es digno de verse también... ¡Me estaría aquí durante una eternidad!

ESCENA IV.

PERICO, MARGARITA y D. LUIS, en la plataforma.

PER. (Desde la plataforma, mirando tímidamente al interior de la torre.) ¡Ah! ya se marchó aquel señor... bueno... yo también me voy, porque ya es de noche. (Sale, cerrando la puerta por fuera. La noche cierra enteramente, y los rayos de la luna atraviesan durante la escena siguiente la ojiva de la ventana, iluminando á lo lejos los arcos del torreón arruinado.)

ESCENA V.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. (Bajando de la plataforma.) Es extraño... Había creído oír...

MARG. La noche ha cerrado enteramente. Por fortuna está clara, y á la luz de la luna podremos encontrar nuestros caballos. Volvamos al momento á casa... (Baja de la brecha por los escalones, sostenida por D. Luis. Música en la orquesta: al llegar á la puerta, Luis trata inútilmente de abrirla, Margarita exclama.) ¡Cómo! ¿está cerrada esa puerta?

LUIS. ¡No es posible! (Redoblando sus esfuerzos para abrirla.) Bueno, ya nos ha visto... ¡Ah! se santigua y corre más aprisa. ¡Me toma por el alma en pena de que me habló!... Su necia superstición le impele á alejarse de aquí!

MARG. (Bajando y mirando alrededor.) Nada; no hay otra salida... ¿Y qué hacer? En mi casa estaban muertos de inquietud... Y además... En fin... es imposible; busque usted un medio, caballero; es preciso que salgamos!

LUIS. ¡Dios mío! Señorita... por más que procuro... esta puerta, fuerte como la de una prisión, resiste á todos mis esfuerzos... ¡Oh! este contratiempo me desespera!

MARG. (Mientras Luis se dirige hácia la brecha.) ¡Oh! ¡qué idea!... (Con una cólera reconcentrada.) ¡Señor marqués de Valleumbrió!

LUIS. ¡Mi título!

MARG. (Lentamente.) Dígame usted; ¿ha habido muchos infames en su familia?

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Usted, usted ha pagado á ese muchacho para que nos encierre aquí!

LUIS. ¡Yo!... ¡Dios mío! y me acusa á mí de...

MARG. ¡Á usted, sí!... ¡Ah! ¡lo adivino todo!... ¡Comprendo su cálculo de usted! ¡Mañana quedará yo difamada, perdida ante la opinión pública, y no podré pertenecer á otro más que á usted! ¡Pero este vergonzoso cálculo que corona todos sus afanes, yo le desbaré! Sin duda que me conoce usted mal todavía, si juzga que no he de preferirlo todo, el deshonor, el claustro, la misma muerte, á la desesperación y á la ignominia de unir mi vida á la suya!

LUIS. (Con dignidad y calma.) Señorita, suplico á usted que vuelva en sí, que dé oídos á la razón. Comprendo las inquietudes que agitan á usted en este momento; pero aseguro á usted que al hablar así me ofende injustamente. No he podido yo de ningún modo preparar esta perfidia... (Con expansión.) Y aun cuando hubiera podido, en fin, ¿qué antecedente mío le da á usted derecho de creerse capaz de semejante infamia?

MARG. Todo lo que yo sé de usted, me autoriza á pensar de este modo. ¿Qué es lo que usted ha venido á hacer á nuestra casa disfrazando su nombre, ocultando su clase, ocupando un puesto que no le corresponde? Éramos dichosos, y usted nos ha traído agitaciones y pesares que no conocíamos... Para alcanzar su objeto, para reparar la pérdida de su fortuna, usted ha usurpado nuestra confianza y ha jugado con nuestros más puros y sagrados sentimientos! Esto me hiere y me lastima profundamente, sí, y cuando ahora usted quiere ofrecerme, como prueba de su inocencia, su honor de caballero, que le ha permitido ya tantas cosas indignas, seguramente que tengo el derecho de no creer en él...

y no creo.

LUIS. (Dirigiéndose rápidamente á la brecha de la muralla y volviendo al momento.) Margarita, puesto que usted lo quiere, escuche usted bien. La amo á usted, es cierto; y nunca un amor más puro, más desinteresado, más santo se ha encerrado en el corazón de un hombre!... Pero ni este amor, ni otra mira ménos noble, me han traído á su casa de usted. Este amor ha nacido despues... no sé cómo, porque el amor no se explica... como ha nacido el de usted... el de usted, sí, porque usted también me ama, pobre Margarita, y sin embargo, me mata! ¡me desgarrá el corazón!... ¡Como mi corazón la pertenece, puede usted hacer de él lo que quiera; pero mi honor es mio y debo guardarlo! Y por este mismo honor en que usted no cree, la juro que si muero, usted me llorará, conociéndome demasiado tarde, y que si Dios salva mi vida, por mucho que adore á usted, y aun cuando la viera de rodillas delante de mí, nunca aceptaré una fortuna de su mano, nunca! Y ahora, ruegue usted á Dios por mí, porque sólo un milagro de su infinita providencia puede salvarme. (Corriendo hácia la plataforma.)

MARG. (Precipitándose en la misma dirección, extiende los brazos y le detiene.) ¡Dios mio! ¡No quiero! ¡no quiero!

LUIS. Tranquílcese usted, esas ramas, esos árboles me servirán de punto de apoyo; y además, ¿qué me importa la vida?

MARG. ¡Oh! ¡yo no quiero! olvide usted lo que le he dicho... ¡Por compasión! ¡Oh! ¡no quiero!

LUIS. (La rechaza y trepa sobre la plataforma. Se oye de nuevo el coro á lo lejos.) ¡Oh! ¡no! déjeme usted!

MARG. (Cayendo de rodillas sobre los escalones de la brecha.) ¡Desgraciado! ¡buscas la muerte!

LUIS. (Arrojándose desde la plataforma.) ¡Salvo mi honor!

MARG. (Exhalando un grito terrible.) ¡Ah! (Cae desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Un gabinete en la casa de campo de Novos, puerta al foro y laterales, mesa, butacas, lámparas ó candelabros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA, FABIAN, próximo á la puerta del foro. Todos parecen inquietos y preocupados.

ELENA. ¿Conque dice usted que salió á caballo, Fabian?

FAB. Sí señora.

ELENA. ¿Sola?

FAB. Sola.

ELENA. ¿Á qué hora?

ELENA. Á eso de las cuatro y media.

RIC. ¿Margarita entonces no pensaba ir esta noche al baile de los de Herrasti?

ELENA. Sí, por eso no acabo de explicarme su tardanza. Aseguro á usted que estoy muerta de inquietud.

DOCT. Tranquílcese usted, doña Elena, ya sabe usted que